

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

UN GRITO DESESPERADO

Novela de superación personal
para padres e hijos



GRUPO EDITORIAL
DIAMANTE
LIBROS QUE TRANSFORMAN VIDAS

CONTENIDO

Cap. 1	La metamorfosis.....	9
Cap. 2	El robo del portafolios.....	17
Cap. 3	Documentos excepcionales.....	27
Cap. 4	Asalto a la escuela.....	37
Cap. 5	Tres pasos para la superación plena.....	45
Cap. 6	Alboroto en el aula.....	53
Cap. 7	La escala de gente prioritaria.....	61
Cap. 8	El sistema emocional.....	71
Cap. 9	El abrazo fraternal.....	81
Cap. 10	Sólo cinco leyes.....	89
Cap. 11	Ley de ejemplaridad.....	99
Cap. 12	Ley del amor incondicional.....	109
Cap. 13	Ley de las normas de disciplina.....	121
Cap. 14	Las normas de la familia Yolza.....	133
Cap. 15	Ley de comunicación profunda.....	141
Cap. 16	Un grito desesperado.....	151
Cap. 17	Reencuentro.....	163
Cap. 18	Ley del desarrollo espiritual.....	171
Cap. 19	Prólogo en el epílogo.....	183
Introducción.....		187

1

LA METAMORFOSIS

Amor:

He dado vueltas en la cama intentando abandonar la vigilia inútilmente. Hace unos minutos salí a rastras de entre las cobijas buscando pluma y papel. Escribirte es el último recurso que me queda en esta fiera lucha por controlar mi torbellino mental.

Ignoro a qué me dedicaré mañana, ni si tú seguirás siendo profesora, ni si tendremos el ánimo para continuar viviendo aquí, ni si alguna vez recuperaré la confianza en la gente como para volver a dar un consejo de amor. Lo único que sé es que mañana, cuando amanezca, no podré volver a ser el mismo...

Ésta es la primera noche que pasamos en casa después de la tragedia. Es el punto final de una historia escrita en tres días de angustia, incertidumbre y llanto.

Sé que tú fuiste la protagonista principal del drama, pero, ¿te gustaría saber cómo se vio el espectáculo desde mi butaca?

Estaba impartiendo una charla de relaciones humanas cuando fui interrumpido por la secretaria.

—Señor Yolza —profirió antes de que me hubiese acercado lo suficiente a la puerta como para que los asistentes al curso no escucharan—. ¡Su esposa! ¡Acaban de hablar del Hospital Metropolitano! Tuvo un accidente en el trabajo.

—¿Cómo? —pregunté azorado—. ¿No será una broma?

—No lo creo, licenciado. Llamó una compañera de ella. Me dijo que un alumno la atacó y es urgente que usted vaya...

Salí de la sala sin despedirme de mis oyentes. Subí al automóvil con movimientos torpes e inicié el precipitado viaje hacia el hospital. No vi al taxi con el que estuve a punto de chocar en un cruce, ni al autobús que se detuvo escandalosamente a unos milímetros de mi portezuela cuando efectué una maniobra prohibida.

¿Cómo era posible que un alumno te hubiese atacado? ¿No se suponía que eras profesora en una de las mejores escuelas de la ciudad?

Estacioné el automóvil en doble fila, bajé corriendo hacia la recepción del sanatorio.

Reconocí de inmediato a tres compañeras tuyas, sentadas en las butacas de espera. Al verme llegar se pusieron de pie.

—Fue un accidente —dijo una de ellas apresuradamente, como para eximir responsabilidades.

—El joven que la golpeó ya fue expulsado —aclaró otra.

—¿La golpeó? ¿En dónde la golpeó?

Las profesoras se quedaron mudas sin atreverse a darme la información completa.

—En el vientre —dijo al fin una que no podía disimular su consternación.

Cerré los ojos tratando de controlar el indecible furor que despertaron en mí esas tres palabras. Por la preocupación que me produjo el hecho de saber que podías estar herida me había olvidado de lo más importante, ¡Dios mío!, ¡que estabas embarazada!

—¿Fue realmente un accidente? —pregunté sintiendo cómo la sangre me cegaba.

—Bueno... sí —titubeó una de tus amigas—. Aunque el muchacho la molestaba desde hace tiempo... De eso apenas nos enteramos hoy.

No quise escuchar más. Me abrí paso con brusquedad y fui directo al pabellón de urgencias. A lo lejos vi a tu ginecobstetra.

—¡Doctor! —lo llamé alzando una mano mientras iba a su encuentro—. Espere, por favor... ¿Cómo está mi esposa?

—Delicada —contestó—. La intervendremos en unos minutos.

—¿Puedo verla?

—No —comenzó a alejarse.

—¿Y el niño? ¿Se salvará...?

Movió la cabeza.

—Lo siento, señor Yolza...

Me apoyé en la pared del pasillo.

¡Esto no podía estar pasando! ¡No era admisible! ¡No era creíble! Tu médico te había permitido que trabajaras medio tiempo con la condición de que lo hicieras cuidadosa y tranquilamente. ¡Yo mismo lo acepté sabiendo que se trataba de una gestación riesgosa! Pero, ¿quién iba a imaginar que un imbécil te golpearía faltando tres meses para el nacimiento?

Eché a caminar por los corredores entrando a zonas restringidas, como un ladrón. Conozco a la perfección el hospital porque en él nacieron nuestros otros dos hijos y yo participé en ambos partos, así que, con la esperanza de verte, me agazapé en un cubo de luz por el que puede vislumbrarse el interior del quirófano. No tuve que esperar mucho tiempo para presenciar cómo te introducían al lugar en una camilla... Fue una escena terrible. Estabas acostada boca arriba con el brazo derecho unido a la cánula del suero y una manguera de oxígeno en tu boca. Parecías muerta. Igual que ese “volumen”, antes rebosante de vida, horriblemente estático debajo de la aséptica sábana que te cubría el vientre. Me quedé pasmado, transido de dolor, rígido por la aflicción.

¿Qué te habían hecho? ¿Y por qué? Es verdad que los jóvenes de hoy son impulsivos, inmaduros, inconscientes; que hasta en las mejores escuelas se infiltran cretinos capaces de las peores atrocidades... Pero, ¿al grado de hacerte eso a ti... a nosotros?

Sentí que las lágrimas se agolpaban en mis párpados.

Mi vida... Viendo cómo te preparaban para la operación, juré que, de ser posible, cambiaría mi lugar por el tuyo...

—Disculpe, señor, pero no puede estar aquí—me dijo un enorme guardia de seguridad, quien amablemente pero con firmeza me encaminó hacia la sala de espera.

Y la espera en la sala fue un suplicio lento y desgarrador. No tuve noticias tuyas durante horas.

Salí varias veces a caminar, un poco para averiguar si el aire fresco era capaz de apagar las llamas de mi ansiedad y otro poco para evitar la proximidad de tus compañeros de trabajo.

Viví momentos inenarrables. Creí que te perdía. Fuiste intervenida dos veces y estuviste en observación más de quince horas.

Hoy en la tarde te dieron de alta.

Saliste del hospital tomada de mi brazo, pero con la cabeza baja, arrastrando el ánimo.

Además de haber perdido al bebé habías quedado estéril.

Durante el trayecto a la casa no hablaste nada. Yo tampoco. ¿Qué palabras podían servir para atenuar la aflicción producida por esa amarga experiencia? ¿Qué bálsamo era capaz de adormecer el suplicio de esa llaga supurante? No había ninguno. Quizá el silencio.

Abrimos la puerta de la casa y nos adentramos a su quietud absoluta. Los niños ya dormían. Encendimos las luces y los estáticos muebles parecieron darnos la bienvenida, compadecidos. Te llevé hasta la recámara casi cargándote. En el ambiente se sentía pena. Te ayudé a desvestirte y a ponerte cómoda.

—¿Quieres un poco de fruta? —te pregunté una vez que estuviste recostada en la cama.

—Puede ser.

No deseabas comer, pero era parte de la rutina requerida para volver a la normalidad.

Fui a la cocina, preparé yogurt con granola y trozos de melón. Volví con una charola.

—Gracias.

Al fin estábamos solos.

¡Nos resultaba muy difícil comunicarnos! En el hospital, cuando no se interpusieron doctores lo hicieron familiares o amigos...

—¿Qué fue lo que pasó exactamente? —pregunté.

—Lo que sabes, mi amor. Un alumno de mi clase de idiomas me golpeó.

—Pero, ¿por qué? Me dijeron que desde hace tiempo te molestaba y no se lo dijiste a nadie. ¡Ni siquiera a mí!

—Es un joven tímido. Creí que necesitaba apoyo y comprensión. Quise ayudarlo... Jamás pensé que reaccionaría como lo hizo.

Me puse de pie y caminé de un lado a otro de la habitación con las manos en la cabeza.

—¿Cómo pudo ser? Ambos deseábamos más que nada en el mundo la llegada de ese hijo. ¡Por ayudar a un lunático no mediste el peligro! ¿Por qué me mantuviste al margen del tema?

—No me lo reproches. Fue un accidente. ¿Quién iba a imaginar que el muchacho llegaría tan lejos? —y tu voz se quebró en una manifestación de enorme dolor.

Al verte afligida sentí un deseo enorme de consolarte. Tú fuiste quien padeció la tortura de la intervención quirúrgica. De tus entrañas, no de las mías, extrajeron ese pequeño ser que se nutría con tu sangre. En una palabra, tú eras la madre. No existe en la tierra persona más afectada física y emocionalmente por la pérdida de ese bebé, así que era injusto que te recriminara.

Volví a sentarme en el borde de la cama y te abracé. Te soltaste a llorar.

En mi mente desfilaban una tras otra las distintas formas de cómo podía vengarme. En primer lugar adquiriría un arma y te enseñaría a usarla; en segundo lugar, demandaría al muchacho por asesinato y no pararía hasta verlo refundido en prisión, purgando la condena más severa que pudiera dictarse por su falta; en tercer lugar, dejaría de dar estúpidos cursos sobre “pensamiento

positivo” y cambiaría radicalmente el giro de mi negocio; en cuarto lugar...

Dejaste de abrazarme y controlaste tu congoja.

En cuarto lugar tenía que devolver el golpe a más granujas como él. No bastaba con desaparecer de la sociedad al culpable de esta desgracia cuando pululaban millones de muchachos igualmente ruines por todas partes.

Me miraste, afligida, y es que a la consternación de tu reciente pérdida se le aunaba el dolor de adivinar en mí un peligroso rencor, un enfermizo deseo de venganza que nunca antes había tenido.

Encendí el televisor y te pregunté si deseabas ver algo en especial. Moviste la cabeza.

—No has comido.

—Ya lo voy a hacer.

Hiciste tu mejor esfuerzo por masticar. Después de un rato reclinaste la cabeza y cerraste los ojos. Te abrigué con cuidado y apagué el televisor. Miré mi rostro sin rasurar en el espejo y por primera vez me percaté de que llevaba puesta la misma ropa desde hacía tres días.

Fui directo a la regadera. Me introduje en el agua caliente y dejé que el líquido corriera por mi cabeza y mi cuerpo. Cerré los ojos y permanecí inmóvil como una estatua que se encoge al sentir la lluvia cayendo sobre sus hombros.

Permanecí varios minutos en esa posición, sin pensar en nada.

Entonces escuché la puerta del cuarto de baño y a través del acrílico blanco vi tu silueta entrando.

Deslicé el cancel corredizo y te miré de pie junto al lavabo. Seguías con tu bata de dormir.

—Gracias por la cena —dijiste.

—Creí que ya te habías dormido.

La nube de vapor comenzó a extenderse alrededor de ti. No cerré la llave del agua.

—Me preocupas, cariño —murmuraste.

—Yo estoy bien —contesté—. Pero tu...

Te quedaste callada, mirándome tiernamente. Sabías que eso no era verdad. Que yo no estaba bien. Me sentí descubierto.

—¡Maldición! —mascullé dando un fuerte puñetazo en la pared—. ¡Esto no debió haber pasado!

—¡Pero pasó! Ahora debemos reponernos para no perder más de lo que ya perdimos. ¡Tenemos dos hijos vivos! ¿Recuerdas?

Me froté la cara sintiéndome un desdichado.

—Nada va a volver a ser como antes. Percibo la maldad corriendo por mis venas.

—No, no —rebatiste—. El joven que me atacó es producto de una sociedad corrupta que a la vez es el resultado de familias torcidas. Tú eres la cabeza de esta familia y si te dejas llevar por el deseo de venganza, ten la seguridad de que nuestros hijos también acabarán, tarde o temprano, hundidos en la degradación.

—Amor —susurré, sintiendo cómo las palabras se negaban a salir—. No puedo quedarme con los brazos cruzados después de que han matado a un hijo nuestro.

—Entiende que no fue intencional...

—Y tú entiende... —pero me quedé con la frase en el aire. ¿Entiende, qué? Dios mío. Tenía tantas ganas de llorar...

Entonces comprendí el gran error: he dedicado el trabajo de toda mi vida a brindar elementos de superación a empresarios, cuando son otras las personas que realmente necesitan de él.

—Vida —me dijiste—. En este momento no sé por qué estoy más triste: si por la muerte del bebé o por tu actitud.

Con ese comentario me aniquilaste. Sentí que perdía fuerzas y con las fuerzas la ira. Quise abrazarte, pero tú estabas vestida y seca, mientras yo estaba desnudo y mojado, bajo la regadera.

—Perdóname —logré articular al fin—. No debo comportarme así, porque entre todo lo malo que ha pasado, hay algo de verdad hermoso: que ahora te amo muchísimo más...

Esta vez mi tono de voz sonó intensamente afligido. Una lágrima se deslizó por mi mejilla confundándose de inmediato con el agua que caía sobre mí.

Te acercaste. El chorro, al golpear mi cuerpo, comenzó a salpicarte. No te importó.

—¿Sabes...? —dije—. Cuando estabas en el quirófano juré que si pudiera cambiaría mi lugar por el tuyo...

Tú no soportaste esas palabras y yo no soporté más tu dulce mirada.

Te extendí los brazos y, vestida como estabas, te refugiaste en ellos de inmediato.

El agua de la ducha cayó sobre ti empapándote por completo. Te acurrucaste en mi cuerpo buscando más calor. Acaricié tu cuello y tu espalda con un cariño casi desesperado; luego comencé a desabrochar tu bata, deslizándola suavemente hacia abajo mientras te besaba.

Estreché tu piel desnuda con delicadeza pero con mucha fuerza también, y tú volviste a llorar frotando tu cara en mi pecho. No había sensualidad alguna. Era algo superior. Algo que no habíamos experimentado jamás. Era el milagro de una dolorosísima pero extraordinaria metamorfosis.

En ese instante, disueltos el uno en el otro, me susurraste que no te importaba haber tenido un aborto, ni te importaba nada de lo que pudiera pasarte en el futuro si nos manteníamos juntos.

No necesité contestarte para que supieras que yo pensaba igual. Fundidos en un abrazo eterno éramos, tú y yo, una sola alma otra vez.